

## **Causa de nuestra desilusión.-**

¿Por qué sucedió aquella desilusión cuando estábamos esperando a Jesús en 1844? Esta importante pregunta, creemos, puede ser respondida de una manera muy satisfactoria. Nuestra desilusión no provino de algún error en el comienzo de las 70 semanas. El argumento a través del cual la fecha original fue sostenida, es, tal como lo hemos visto, invulnerable. Ni tampoco surgió nuestra desilusión de algún error al creer de que las 70 semanas forman una parte de los 2300 días; porque cada parte de ese argumento, tal como lo hemos mostrado, está correcta. Estos dos puntos siendo susceptibles de la más clara prueba, no cometimos un error al creer que los 2300 días terminarían en el séptimo mes Judío, en 1844. Ni tampoco nuestra desilusión surgió al creer que al final de los 2300 días tendría lugar la obra de purificación del santuario; porque está claramente declarado: “Hasta 2300 días; entonces será purificado el santuario”.

Pero cuando dijimos que esta tierra, o parte de esta tierra, era el santuario, y que Cristo tenía que descender del Cielo al término de los 2300 días, para purificar la tierra a través del fuego, nosotros creímos en aquello que la Biblia no apoya. Esta fue la causa de nuestra desilusión. Porque hemos visto que no hay ninguna autoridad escriturística para apoyar el punto de vista de que alguna parte de la tierra sea el santuario, o que la quema de la tierra o que el derretimiento de los elementos (2 Pedro 3), sea la purificación del santuario. A través de una multitud de testigos, hemos probado que el tabernáculo de Dios es el santuario a ser purificado, y que su purificación es una obra llevada a cabo en ese santuario, con sangre, y no con fuego. Nuestra desilusión, entonces, surgió de un mal entendimiento de la obra que tenía que ser realizada al final de los días.

Nuestra evidencia estableció dos puntos: 1.El hecho de que el santuario debía ser purificado al término de los 2300 días, y que ellos debían terminar en el séptimo mes de 1844. 2.Los tipos en el ejemplo y la sombra de las cosas celestiales colocan la obra del sumo sacerdote en el séptimo mes: su acto de pasar del Lugar Santo al Lugar Santísimo, para purificar el santuario. Nosotros raciocinamos, que así como el cordero pascual, el cual era muerto en el decimocuarto día del primer mes, encuentra a su antitipo en la muerte del Cordero de Dios, en ese día (Exo. 12:3-6, 46; 1 Cor. 5:7; Juan 18:28; 19:36); y la ofrenda de las primicias en el decimosexto día de ese mes, encuentra su antitipo en la resurrección de Cristo, en ese día, las primicias de aquellos que duermen (Lev. 23:10-15; 1 Cor. 15:20, 23; Mat. 28:12); y la fiesta del Pentecostés encuentra su antitipo en el día de su ocurrencia (Lev. 23:15-21; Hechos 2:1-2); de tal manera que la purificación del santuario en el séptimo mes (Levítico 16), en ese tiempo en el año cuando los 2300 días terminarían, nosotros creímos que encontrarían su antitipo al final de ese periodo.

Si hubiésemos entonces entendido el asunto del santuario celestial, nuestra desilusión no habría sucedido. Nuestra evidencia no probó que nuestro Sumo Sacerdote descendería del Lugar Santo del santuario celestial, en fuego ardiente para quemar la tierra, al final de los 2300 días; pero tan lejos de esto, que habría probado que él tenía, en ese tiempo, entrar dentro del segundo velo, para ministrar

por nosotros ante el arca del testamento de Dios, y para purificar el santuario. Dan. 8:14; Heb. 9:23-24. Esa ha sido la posición de nuestro Sumo Sacerdote desde el término de los días, y esta es la razón por la cual no vimos a nuestro Rey en 1844. Él había ministrado apenas en uno de los lugares santos, y la terminación de los 2300 días marcaron el comienzo de esta ministración en el otro lugar. Por creer en un santuario literal en el Cielo, consistente en dos lugares santos reales, y que nuestro Sumo Sacerdote, mientras estaba a la diestra del Padre, es un ministro de *ambos* lugares santos, hemos sido catalogados como espiritualistas, por nuestros enemigos. De este injusto cargo, apelamos al Juez de toda la tierra, el cual hará lo justo.

Cuando Juan, el cual vio la puerta del primer departamento del tabernáculo celestial abierta al comienzo del ministerio de Cristo, fue llevado en visión a lo largo del tiempo a los “días de la voz del séptimo ángel”, y él vio el Lugar Santísimo del templo de Dios abierto. “Entonces fue abierto el Santuario de Dios que está en el cielo, y quedó a la vista el Arca de su Pacto en su Santuario. Y hubo relámpagos, voces y truenos, y un terremoto y una fuerte granizada”. Apoc. 11:19. Aquí, por el arca del testamento de Dios, es donde ministra nuestro Sumo Sacerdote, desde el término de los 2300 días. A esta *puerta abierta* en el santuario celestial (Apoc. 3:7-8; Isa. 22:22-25), convidamos a aquellos que quieren ser perdonados y salvados, que no han despreciado el día de la gracia. Nuestro Sumo Sacerdote está en trono de la misericordia (la tapa del arca, el propiciatorio), y ahí ofrece su sangre, no apenas para la purificación del santuario, sino que también por el perdón de la iniquidad y de la transgresión. Pero cuando convidamos a los hombres a esta puerta abierta, y les apuntamos la sangre de Cristo, ofrecida por nosotros desde el propiciatorio, les recordamos la ley de Dios debajo de ese propiciatorio, la cual hace necesaria la muerte del amado Hijo de Dios, para que el hombre culpable pueda ser perdonado. Esa arca contiene los mandamientos de Dios, y aquel que reciba las bendiciones de Dios, de la mano de nuestro Sumo Sacerdote, tiene que guardar los mandamientos contenidos en el arca, ante la cual Él ministra. Muchos afirman que Dios ha abolido su ley; pero esto está tan lejos de la verdad, que esa ley ocupa el mejor lugar en el Cielo. Es esa “justicia y juicio”, las que son la habitación del trono de Dios. Salmo 89:14; 97:2; Apoc. 11:19.

Dos de los mensajes de Apocalipsis 14, han tenido prioridad sobre el fin de los 2300 días en 1844, como casi todos los Adventistas creyentes alguna vez admitieron. El tercer ángel, con los mandamientos de Dios y la fe de Jesús, dan el último mensaje de misericordia, mientras nuestro Sumo Sacerdote ministra por nosotros ante el arca que contiene los mandamientos. Mientras él está ministrando, el ejército, o iglesia, espera que se complete la gran obra, el abandonar sus pecados. Ellos están “en el fin de la indignación”, la cual ocupa un espacio de tiempo, como es evidente de Dan. 8:19.

El término del mensaje del tercer ángel está marcado cuando el Hijo del hombre toma su posición sobre la nube blanca. Apoc. 14:9-14. El último mensaje de misericordia se habrá entonces terminado, y no habrá intercesor entre un Dios ofendido y la culpabilidad, el hombre ofensor. Los ángeles con las copas de la ira de Dios, las cuales están siendo retenidas por la ministración de nuestro gran Sumo Sacerdote, saldrán entonces del templo de Dios, y derramarán las copas de la ira

no mezclada sobre las cabezas de todos los impíos. Las plagas, el terremoto, y la gran granizada, “con cada granizo con el peso de casi un talento” (casi 34 Kg), se seguirán; los enemigos de Dios serán destruidos, y el cuerno pequeño será quebrado sin mano. Apocalipsis 15; 16; 11:19; Dan. 12:1; 8:25. El santuario y el ejército serán entonces vindicados, y todo poder opositor será aplastado y quedará en ruinas.

Más allá de este tiempo de angustia, cual nunca hubo, las escenas de la tierra hecha de nuevo surge ante nosotros. En medio de ese paraíso de Dios, donde sus santos permanecerán para siempre, vemos su glorioso santuario (Ezequiel 37; Apoc. 21:1-4); y aquí lo dejamos, si es que estamos entre el número de aquellos que servirán a Dios en ese templo, por siempre y eternamente. Apoc. 7:13-15. Las visiones proféticas de Moisés y de natán, relacionadas con el santuario de Dios, serán entonces totalmente cumplidas; el Señor reinará para siempre y eternamente, e Israel será plantado, para nunca más ser removido. Éxodo 15; 2 Samuel 7.

Lector, ¿podrá usted escapar de las cosas que le van a suceder a la tierra? La voz de advertencia del tercer ángel nos señala el camino. Conozca por sí mismo, a través de su interés personal en aquella obra que nuestro Sumo Sacerdote está consumando ante el arca del testamento de Dios, y cuando Él venga de nuevo, será sin pecado para vuestra salvación. Le suplicamos, no le haga caso a aquellos que no guardan los mandamientos, y le enseñan a los hombres que lo hagan así; porque muy luego van a recibir su recompensa; en vez de eso, únase con aquellos que los enseñan y los guardan, y tendrá la vida eterna, y podrá entrar libremente por las puertas de la santa ciudad.

**Autor: John Nevil Andrews**

Este libro fue impreso por primera vez en 1853 y la segunda edición fue hecha en 1872.